



CAPÍTULO XXXII

Robespierre y su grupo

SE ha hablado frecuentemente de Robespierre como de un dictador. Sus enemigos en la Convención le llamaban «el tirano»; y, en efecto, a medida que la Revolución se acercaba a su fin, Robespierre adquiría tal influencia que llegó a considerársele en Francia y en el extranjero como el personaje más importante de la República.

Sin embargo, sería ciertamente falso considerar a Robespierre como un *dictador*. Que muchos de sus admiradores hayan deseado su dictadura, es cierto (1); pero se sabe también que Cambon, en

(1) Por poco valor histórico que tengan las *Notes historiques sur la Convention Nationale*, de Marc Antonin Baudot (París, 1893, p. 13), la proposición de Saint-Just para nombrar a Robespierre dictador para salvar la República, de que habla Baudot, es probable — Buonarroti habla de ella como de un hecho conocido.

su dominio especial, en el Comité de Hacienda, ejercía una autoridad considerable, y que Carnot tenía extensos poderes para la guerra, a pesar de la enemistad que hacía él sentían Robespierre y Saint-Just. Por su parte el Comité de Seguridad general tenía demasiado empeño en conservar sus poderes policíacos para no oponerse a una



RETRATO SATÍRICO DE ROBESPIERRE

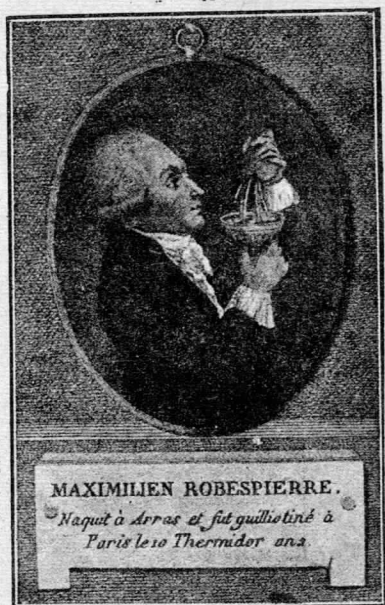
(Publicado al día siguiente de su ejecución)

dictadura, y alguno de sus miembros odiaban a Robespierre. Por último, si había en la Convención cierto número de representantes que veían con agrado la influencia preponderante de Robespierre, no se hubieran sometido a la dictadura de un montañés tan severo en sus principios.

Y, sin embargo, en realidad el poder de Robespierre era inmenso. Más aún: casi todos sentían, y sus enemigos lo mismo que sus admiradores lo reconocían, que la desaparición del grupo robespierrista sería, como lo fué en efecto, el triunfo cierto de la reacción.

¿Cómo, pues, se explica el poder de ese grupo?

Es que Robespierre permaneció *incorruptible* en medio de tantos otros que se dejaron seducir por los atractivos del poder o de la riqueza, lo que es en extremo importante durante una revolución. Cuando en su rededor el mayor número se dedicaba a la adquisición de los bienes nacionales, al agio, etc., y miles de jacobinos se apresuraban a apoderarse de las plazas en el gobierno, él permanecía delante de todos como un juez severo, recordándoles los principios y amenazando con la guillotina a los más recalcitrantes. En todo lo que dijo e hizo durante los cinco años de la tormenta revolucionaria, se siente hoy, y más debieron sentirlo sus contemporáneos, que era uno de los escasísimos hombres políticos de aquel tiempo que no perdieron jamás su fe revolucionaria ni su amor a la República democrática. En tal concepto, Robespierre representaba una verdadera fuerza, y si los comunistas hubieran podido oponerle una fuerza de inteligencia



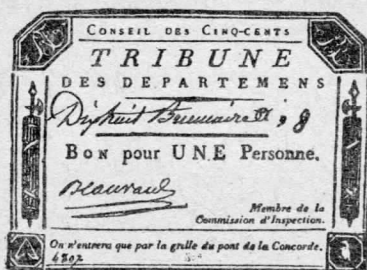
MAXIMILIEN ROBESPIERRE.

Né à Arras et guillotiné à
Paris le 10 Thermidor an 2.

y de voluntad igual a la suya, es indudable que hubieran podido imprimir a la Gran Revolución una marca más profunda de sus ideas.

Sin embargo, esas cualidades de Robespierre, que sus mismos enemigos se ven obligados a reconocerle, no hubieran bastado por sí solas para explicar el inmenso poder que poseyó en los últimos tiempos de la Revolución. Ha de considerarse que, armado con el fanatismo que le producía la pureza de sus intenciones en medio de tantos «aprovechados», trabajó hábilmente para constituir su poder sobre el ánimo de las gentes, pasando para ello sobre el cuerpo de sus adversarios. Y en ese trabajo fué poderosamente secundado por la naciente burguesía en cuanto reconoció en él el hombre del justo medio revolucionario, colocado a igual distancia de los

«exaltados» y de los «moderados», el hombre que ofrecía a la burguesía la mejor garantía contra los «excesos» del pueblo.

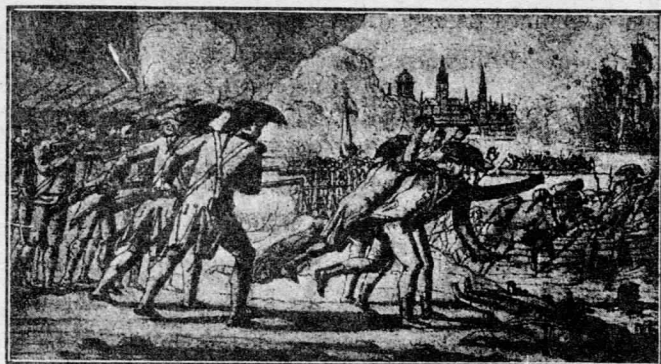


FACSIMIL DE UNA TARJETA
DE ENTRADA PARA EL CONSEJO
DE LOS QUINIENTOS

La burguesía comprendió que Robespierre, por el respeto que inspiraba al pueblo, por su moderación y por sus veleidades de poder, sería el más capaz de ayudar a la constitución de un *gobierno*, de poner fin al período *revolucionario*, y le dejó hacer como enemigo de los partidos avanzados; pero cuando aquél la hubo ayudado a derribar

esos partidos, le derribó a su vez para entregar la Convención a la burguesía girondina e inaugurar la orgía reaccionaria de termidor.

La mentalidad de Robespierre era a propósito para el caso. Leyendo el borrador que escribió para el acta de acusación del grupo



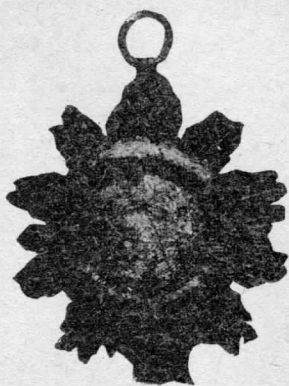
LOS REPUBLICANOS VENCEN SIEMPRE

(De una estampa de la época)

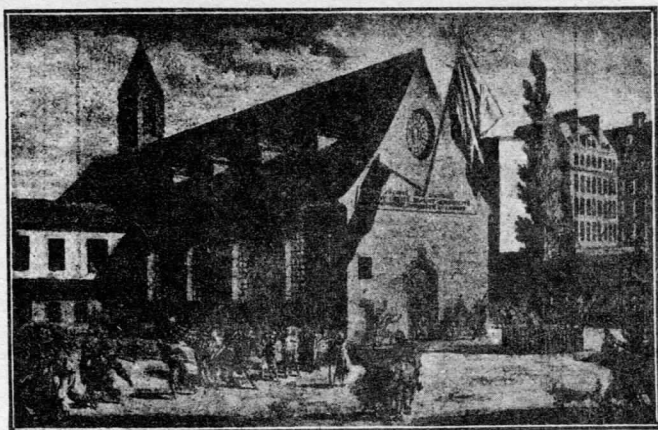
de Fabre d'Eglantine y de Chabot, hallado entre sus papeles después del 9 termidor (1), se ve que aquel escrito caracteriza al hombre mejor que todos los razonamientos.

(1) Para la acusación de aquel grupo preparó Robespierre el borrador, y la acusación la hizo pronunciar por Saint-Just. Véase aquel borrador en los *Papiers trouvés chez Robespierre, Saint-Just, Payan, etc., supprimés ou omis par Courtois, précédés du rapport de ce dernier à la Convention nationale*. París, 1882, t. I, págs. 21 y siguientes.

« Dos coaliciones rivales luchan desde hace algún tiempo con escándalo » — así comienza. « Una tiende al moderantismo, y la otra a los excesos prácticamente contrarrevolucionarios. La una declara la guerra a todos los patriotas enérgicos, predica la indulgencia para los conspiradores; la otra calumnia sordamente a los defensores de la libertad, quiere anonadar a todo patriota una vez desviado, al mismo tiempo que cierra los ojos sobre las tramas criminales de nuestros más peligrosos enemigos... Una trata de abusar de su crédito o de su presencia en la Convención nacional (los dantonianos); otra, de su influencia en las sociedades populares (el Ayuntamiento, los rabiosos). Quiere la una sustraer a la Convención decretos peligrosos o medidas opresivas contra sus adver-



INSIGNIA
DEL ACUSADOR MILITAR



CIERRE DEL CLUB DE LOS JACOBINOS EN LA NOCHE DEL 27 AL 28 DE JULIO
DE 1794 Ó 9 A 10 TERMIDOR AÑO II DE LA REPÚBLICA

sarios; lanza la otra gritos peligrosos en las asambleas públicas... El triunfo del uno o del otro partido sería igualmente fatal para la libertad y para la *autoridad nacional*». Y expone cómo los dos partidos atacaron al Comité de Salud pública desde su fundación.

Después de haber acusado a Fabre de inclinar a la indulgencia para ocultar sus crímenes, añade:

«El momento era sin duda favorable para predicar una doctrina cobarde y pusilánime, aun para hombres bien intencionados, cuan-



RETRATO DE SAINT-JUST

(Dibujado por Ch. Guérin)

do todos los enemigos de la libertad se inclinaban a un exceso contrario; cuando una filosofía venal y prostituida a la tiranía olvidaba los tronos por los altares, oponía la religión al patriotismo (1), ponía la moral en contradicción consigo misma, confundía la causa del

(1) Se ve, por el contrario, en Aulard, *Le culte de la Raison et le culte de l'Être suprême*, cuán ligado estaba el movimiento de desecristianización al patriotismo.

culto con el del despotismo, los católicos con los conspiradores, y quería forzar al pueblo a ver en la revolución, no el triunfo de la virtud, sino el del ateísmo, no el manantial de su felicidad, sino la destrucción de sus ideas morales y religiosas.»

Se ve claramente por esos extractos que si Robespierre no tenía la amplitud de miras ni la audacia de pensamiento necesarias para ser «jefe de partido» durante una revolución, poseía a la perfección el arte de manejar los medios por los cuales se excita a una asamblea contra determinadas personas. Cada frase de aquel acto de acusación es una flecha emponzoñada que atina al blanco.

Lo que admira sobre todo es que Robespierre y sus amigos no vieran el papel que les hacían representar los «mo-

derantistas», mientras no les creían todavía maduros para ser derribados. «Existe un sistema de conducir al pueblo a nivelar todo», le escribe su hermano desde Lyon; «si no se tiene cuidado se desorganizará todo». Y Maximiliano Robespierre no pasa de esa concepción de su hermano. En los esfuerzos de los partidos avanzados no ve más que sus ataques contra el gobierno de que forma parte. Lo mismo que Brissot, les acusa de ser los instrumentos de los gabinetes de Londres y de Viena. Las tentativas de los comunistas no



EL TIEMPO ESTRECHANDO LOS LAZOS DE LOS
HERMANOS Y AMIGOS

(De una estampa de la época)

son para él más que «desorganización». Se ha de «tener cuidado»; se les ha de aniquilar por el terror.

«¿Cuáles son los medios para terminar la guerra civil?», se pregunta en una nota. Y responde:

«Castigar los traidores y los conspiradores, sobre todo los diputados y los administradores culpables,

»Enviar tropas patriotas, al mando de jefes patriotas, para reducir los aristócratas de Lyon, de Marsella, de Tolon, de la Vendée, del Jura y de todas las demás comarcas donde se haya enarbolado el estandarte de la rebelión y del realismo,

»Y hacer ejemplos terribles con todos los malvados que han ultrajado la libertad y derramado la sangre de los patriotas» (1).

Como se ve, es un hombre de gobierno, que usa el lenguaje de todos los gobiernos, no un revolucionario. Por lo mismo, toda su política, desde la caída del Ayuntamiento hasta el 9 termidor, resulta absolutamente infructuosa. En nada se opone a la catástrofe que se prepara y hace mucho para acelerarla. No detiene los puñales que se afilan en la sombra para herir la República; hace todo para que sus golpes sean mortales.

1) *Papiers inédits*, t. II, p. 14.

